

La marginación de la historia portuguesa en el ciclo de las revoluciones liberales es, a estos efectos, nuevamente ejemplar. De nada han valido las constantes relaciones entre absolutistas y liberales españoles y portugueses, la vigencia en los idearios democráticos de ambos países del proyecto de la Unión Ibérica y la misma cercanía que, ya en nuestro siglo, muestran los movimientos republicanos y, aún más, el catolicismo político de signo autoritario. El conjunto apenas ha dado lugar a otra cosa que a anotaciones marginales, y, creemos, son escasas las investigaciones que, como la que desarrolla actualmente Joaquín del Moral sobre el absolutismo, se centran en la conexión. Pasando al movimiento obrero, la situación es aún más desfavorable. Los anarquistas españoles de los años veinte pudieron dar prueba de iberismo fundando en 1927 la Federación Anarquista Ibérica, con participación en la conferencia de Valencia de una delegación de la União Anarquista Portuguesa, a quien además se debía la iniciativa del proyecto —desde abril de 1925—, y los sindicalistas portugueses de la Confederação Geral do Trabalho ofrecer una actitud recíproca en 1923, manifestando el propósito de una fusión con nuestra Confederación Nacional de Trabajadores. Pues bien, hasta el momento nadie se ha preocupado de poner en relación la pugna entre grupos anarquistas y sindicalismo revolucionario en ambos países, tratando de complementar con *A Batalha* y *O Anarquista* la lectura de *Solidaridad Obrera* o de lo que queda de *Nueva Senda*.

En tales condiciones, una nota sobre publicaciones relativas a los movimientos sociales portugueses en la fase de industrialización tiene que apuntar ante todo a una finalidad informativa. Mencionaré sólo un dato anecdótico: fue en una librería de Amsterdam donde por

vez primera encontré una de las publicaciones sobre el tema, la edición de César de Oliveira de algunas conclusiones del congreso obrero de 1911 (*O Congresso sindicalista de 1911*, Porto, 1971), en que se produce el corte en la influencia anterior del Partido Socialista sobre el asociacionismo portugués y su progresiva sustitución por la del sindicalismo revolucionario, inspirado en la Carta de Amiens, que culminaría con la fundación, en 1914, de la União Operaria Nacional. Desde una perspectiva que en nuestro país puede entenderse perfectamente, la reedición crítica de textos obreros constituía en buena medida, para Portugal, un ejercicio necesario de recuperación de la memoria colectiva, con el peligro consiguiente de una propensión a actualizar el debate, también próxima a la de algunas reediciones españolas. De ahí que la edición del Congreso de 1911 sólo adquiriese sentido en el marco de una colección encargada de presentar al lector actual, con análisis estrictamente

historiográficos, ediciones de documentos, testimonios personales de supervivientes, memorias, etcétera, efectuado por la editorial Afrontamento, de Oporto, en su colección *Movimento Operário português*. Desde fines de 1971 han aparecido nuevos trabajos, debidos a Manuel Joaquim de Sousa (*O Sindicalismo em Portugal*, mayo del 72), Campos Lima (*Movimento Operário em Portugal*, misma fecha) y al propio César Oliveira (*O Operariado e a República Democrática, 1910-14*, abril de 1972, y *A Criação da União Operária Nacional*, febrero del 73). La distinción que establece el catálogo editorial entre volúmenes «agotados» y «fuera del mercado», da cuenta de que esta recuperación historiográfica no se realiza sin dificultades.

Los dos trabajos que hemos visto del conjunto anterior, correspondientes ambos a César Oliveira, contienen un notable volumen de información sobre el tardío desarrollo de un movimiento obrero organizado, cuyo despegue parece propiciar la

República establecida en 1910, tanto por la ampliación del radio de acción legal (reconocimiento del derecho de huelga), como por la posibilidad de una definición frente al movimiento republicano. Es también, como antes advertíamos, la historia de un tránsito desde el predominio de un socialismo incapaz de dotarse de una organización sindical similar a nuestra UGT hasta 1910 y un sindicalismo revolucionario asimismo menos desarrollado que el hispano. Aparece con claridad el condicionamiento del atraso industrial: según los datos que ofrece Oliveira, en 1911, sobre mil habitantes activos, trabajaban en industrias o minas 206 y sólo unos cien mil obreros correspondían a las explotaciones con más de diez trabajadores. El total de huelgas en los primeros años de la legalidad republicana, entre 1910 y 1914, fue de 257. El Congreso obrero de 1911 reunió a representantes de treinta y seis mil trabajadores, pero el Congreso de Tomar, en 1914, marca ya un notable pro-

greso: a la fundación de la União Operária Nacional concurren delegados de 103 Sindicatos y casi 90.000 trabajadores. Fue también, según Oliveira, la última manifestación de influencia del partido socialista, que desde los años de guerra cedió constantemente terreno al dinamismo sindicalista, hasta el punto que, a diferencia de otros países europeos, el nacimiento del partido comunista no tiene lugar en los años veinte como una escisión del socialismo, sino de la organización sindicalista, concentrada ahora en la Confederação Geral do Trabalho. Es esta la fase en que, como advertimos, el conocimiento del asociacionismo portugués cobra nueva importancia para lograr una comprensión más amplia de la crisis del anarcosindicalismo en España. Aunque probablemente también en la década de 1910 un estudio comparativo revelaría puntos de contacto entre las evoluciones respectivas.

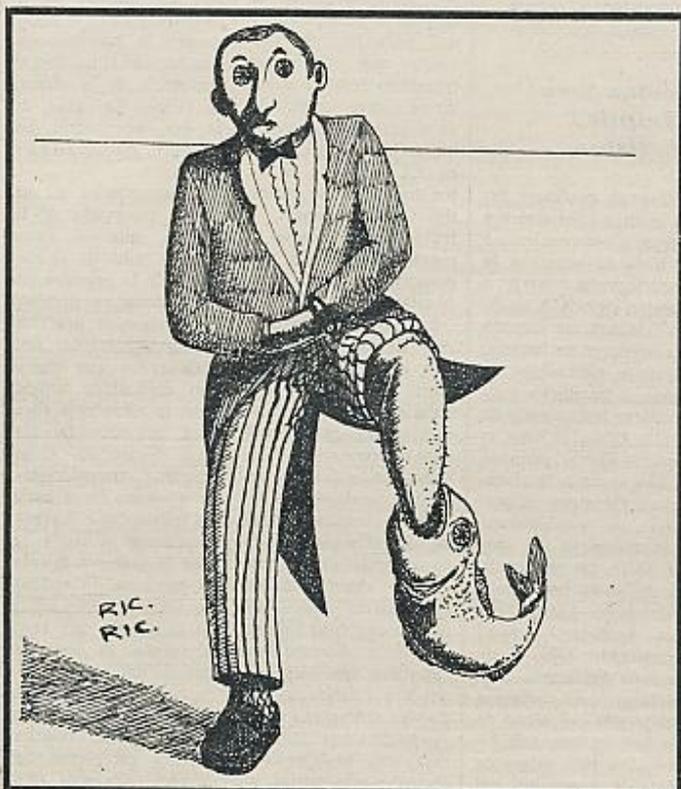
Tiene, en todo caso, cierto aire de predicación en desierto esta recomendación que hacemos de prestar mayor atención al movimiento obrero portugués, del que nos hablan los libros de Afrontamento. Mayor entidad y un eco similar, esto es, prácticamente nulo fuera de círculos minoritarios, alcanzan corrientes historiográficas de primer orden, italianas o inglesas, cuando no cae en suerte alguna traducción. ■ ANTONIO ELORZA.

Las emancipaciones conflictivas

Según información editorial, *Shella Levine murió y vive en Nueva York* (1) figura en primer lugar entre los libros de mayor venta de los Estados Unidos. Su autora, Gail Parent, joven, está casada y vive con sus dos hijos en

(1) Gail Parent: *Shella murió y vive en Nueva York*. Editorial Pomare. Barcelona, 1973.

Los Angeles. Se ha destacado como guionista de cine. Bien. Sabemos que el lanzamiento e imposición de un libro proviene, por regla general, de arbitrios comerciales, publicitarios y de un no desdeñable contenido pseudocultural. Este contenido pseudocultural responde, sin embargo, a claves determinadas que se relacionan a su vez, como es lógico, con el grado de evolución y características de la sociedad donde se gesta la pieza en cuestión. Lejos de mí el intento de establecer coordenadas de interés sociológico a partir de los datos suministrados por una novela de entidad deleznable o poco evidente, pues sería pedirle demasiado, primero, a esta novela en particular, y segundo, a la consciencia y capacidad generalizadora de Gail Parent, pero entiendo que *Shella Levine murió y vive en Nueva York* puede proporcionar, pese al desenfadado y ligereza, entre bufá y cínica, con que deliberadamente está escrita, incluso formando parte de su propósito íntimo, una constatación temática que permita introducirnos en el énfasis privado del gusto medio, en los secretos de la «olla podrida» que hacen a un libro rico en ediciones cuando todavía el factor cualitativo no ha adquirido carta de naturaleza, y en el debelamiento sutil, casi familiarmente considerado, del problema sexual evolucionado en los Estados Unidos y de su —joh, desencanto!— subsiguiente fracaso. Como no estamos tratando de la novela en su valía intrínseca, sino sirviéndonos de ella como de un objeto o instrumento, obvian especificaciones críticas al uso escolástico. Sólo establecer que está contada expeditiva, esquemáticamente, casi en plan de apunte y sin ninguna sombra de morosidad, complejidad expresiva o «relleno de días» inocuos entre los principales acontecimientos. Va directamente al grano, y por esta razón, carece de dimensión temporal. Es lo de menos.



Su rasgo principal consiste en la ternura displicente. El paradójico humor dramático inspira una cierta sonrisa asqueada. Sheila es judía, burguesa media, con ansias de emancipación de las convenciones familiares. Trabaja, vive su vida: un poco de bohemia, progresismo y horror a los controles tutelares. Desesperada por la imposibilidad de casarse, decide el suicidio. Buen campo abonado, que permite anotar las contradicciones de una época o, más modestamente, las inconsecuencias de un carácter. Para una mujer perteneciente a cualquier medio subdesarrollado o feudalista, sin posibilidades de ganarse la vida y sometida a las represiones del pasado —el deflagrado mito de la virginidad, por ejemplo—, la soltería, en efecto, puede constituir un problema. Pero el personaje de Gail Parent está emancipado familiar, laboral y sexualmente. Más no se puede pedir. Practica el amor físico con el primero que se presenta, o, mejor dicho, en la medida de sus posibilidades (no es locamente atractiva), y a pesar de esas liberaciones —caballo de batalla en la lucha emancipadora de otras sociedades más retardatarias que la norteamericana—, la angustia principal de Sheila, y que la lleva a un suicidio frustrado, es la imposibilidad de contraer matrimonio. ¿Una burla de Gail Parent? ¿O es que realmente la mujer emancipada de ese mito de la virginidad que decíamos y del condicionamiento económico contempla como una nostalgia irrealizable la configuración tradicional del matrimonio? Sheila manifiesta lo que podríamos denominar «psicología de transición»; es decir, de una parte alberga en su subconsciente las prevenciones y pretendida orientación ideal de sus mayores —repudiados en lo exterior y aparente—, y de otra se deja llevar sin convicciones profundas por la corriente liberalizadora y desprejuiciada que la



Gail Parent.

rodea, aunque el resultado es una afirmación conservadora, una vez adquirida y gastada la experiencia de la libertad, tan atractiva en principio. Todo eso adornado con la lucha sin cuartel por parecerse a los patrones de belleza impuestos por la sociedad de consumo, y que en algunos de sus aspectos triviales puede traducirse por la admiración hacia el trabajo burocrático «creativo», el pelo liso y la esbeltez deportiva, ella, Sheila, que ostenta un pelo ensortijado y rebelde, tiende a la obsesión y no puede usar bikini. El compuesto racista no anda lejos de las inocentes campañas publicitarias, que han conseguido ahondar el foso de las diferencias etnográficas —económicas a la postre— a extremos inconcebibles. Ahora bien, y respondiendo a otra de las preguntas que nos hemos formulado, los elementos que pone en juego Gail Parent —astucia de «ejecutiva» de las letras— para que su novela haya entrado en el ciclo de los grandes públicos son fáciles de discernir. Hay casi una sistemática enumeración de «morbosidades» eróticas, donde la más importante no es la descripción de su desilusionada y hasta jocosa pérdida de la virginidad, sino que asistimos a un batiburrillo de homosexualidad, lesbianismo, efímero apareamiento con un negro (a Sheila, teóricamente por encima de prejuicios raciales, la ensombrece aún más esta experiencia) y, por fin, algo de drogas y mucho desamor e indiferencia en una sociedad atropellada e inso-

lidaria, pero sin que formalmente, ni siquiera el intento de suicidio, revista gravedad o congoja. Tales ingredientes hacen de Sheila murió y vive en Nueva York una novela dura y burlesca, deshumanizada. La educación paterna se ve ridícula desde la perspectiva filial y la independencia generacional resulta feroz. En el fondo, la novela de Gail Parent es nihilista respecto de las relaciones humanas, y pone de relieve el vacío de la libertad sexual cuando ésta no proviene de un substrato de mayor compromiso ético, por no hablar simplemente de un substrato amoroso, que es, en definitiva, la invocación constante de la pobre Sheila, con su terrible soledad a cuestas y sus raros orgasmos, que se podían contar con los dedos de una mano. Así como ahora la sociedad pedante de la tecnocracia tiene nostalgia de la vida sencilla y natural, la sociedad sexualmente liberada de la mujer —al menos en Gail Parent— empieza a tener nostalgia de la edad de oro de la hipocresía erótica y de los inhibidores acordes a los tradicionales. No. ■
EDUARDO TIJERAS.

**Carlos Seco:
«Tríptico
carlista»**

Que al profesor Seco le urja cordialmente cierto apasionamiento a la hora de acusar a la historiografía sobre nuestro siglo XIX de estar fundada con notorio exclusivismo en fuentes, digamos, «liberales», no obsta, a mi juicio, para que lleve buena parte de razón. Como él dice, el triunfo liberal propició el uso y abuso de fuentes de ese signo en perjuicio de una historia más completa. El, por su parte, ha procedido ahora, en un breve pero enjundioso libro, *Tríptico carlista* —Ariel Quincenal, 1973—, de manera contraria. Sin embargo, esta inversión deliberada del signo de las fuentes responde esta vez a una exigencia bastante razonable del

propio tema, pues se trata de poner en claro algunos fundamentales aspectos de la «historia interna» del carlismo, y Seco ha procedido, además, con un tacto y una mesura que le honran tanto más cuanto que con facilidad se percibe en su escritura el trémolo de una digna y reservada emoción. Una pasión, incluso, pero estimio que de especie benigna y naturaleza sentimental, «estética» como suele decirse en estos casos, por el estilo de la que padeció Valle-Inclán cuando andaba soñando con ser marqués y hablaba aún la hermosa jerga heroica, renacentista. El carlismo es así, no puede negarse: «Tiene el encanto de las grandes catedrales...».

El libro en cuestión consta de tres estudios, referidos, respectivamente, al infante don Carlos, al conde de Montemolín y al legendario Carlos VII. Las tres edades del carlismo, pues; las tres oportunidades o los tres fracasos, según se mire. Seco las mira desde una óptica despejada, la del fracaso, y ello le permite una conclusión aguda: que esos fracasos son precisamente la razón de la pervivencia y del prestigio de una causa que de haber triunfado hubiera diluido su nímbo legendario en el contraste implacable de la realidad política. En cada uno de estos capítulos se investiga esta evidencia, a través del análisis de la mentalidad de los responsables y de las circunstancias.

La figura del infante don Carlos María Isidro, que centra el primero de ellos, es contemplada en una curiosa instantánea: su actitud ante los sucesos de 1826. Descubre Seco el proceso que condujo a la intentona revolucionaria de los exiliados, fijando su atención en el interesante «Manifiesto de los realistas puros», primer documento en que el infante aparece invocado por los enemigos del Rey y cuya paternidad ha sido otras veces discutida. Las incidencias son prolijas —el lector puede verlas en

cualquier manual, y más detalladamente en el estupendo estudio de Puyol «La conspiración de Espoz y Mina», o en el prólogo que Miguel Artola puso a la edición de las Memorias de éste, BAE, T CXLVI— y no es cosa de repetir las. Seco, en cualquier caso, centra su interés en el proyecto alentado por Fernando VII de auspiciar una «apertura» del régimen hacia algo así como un partido monárquico intermedio, o, por decirlo en términos muy actuales, como un «centrismo». A la aventura, parece, no era ajeno el progresismo exiliado. El hecho le sirve para caracterizar a don Carlos, quien, como confidente de su hermano, se opuso al proyecto, en una curiosa correspondencia que el autor reproduce, y terminó por decidir su abandono. Pero lo importante es que las simples razones de don Carlos coinciden con las de los redactores —los «realistas puros» en teoría o, eventualmente, el liberalismo que maquina el cisma dinástico despertando la suspicacia de Fernando—, lo que no deja de ser revelador. Más aún: esta proximidad persiste aún en tiempos de la primera guerra, como prueba la comparación que hace el autor con el contenido de la «Gaceta Oficial Carlista», de la que, por cierto, reproduce deliciosas muestras.

Como prueba un informe reservado de la Policía, que el autor analiza también, el carlismo de la primera hora andaba ya dividido en tendencias prácticamente insalvables: una «izquierda» que rumia con demasiada antelación la estrategia foralista, una «derecha» clerical furibunda y un «centro» transaccionista apoyado en el partido militar, que lograría imponerse al fin y cerrar la primera aventura guerrera. El análisis de Seco ve muy clara, en medio de esta selva barrojiana, la oportunidad de tal «traición» a la causa. Su importancia, sin embargo, consiste en su contribución a establecer una imagen correcta del

carlismo primitivo y una clave válida para su simplísima ideología.

Estudia el segundo artículo la situación del carlismo a partir de 1840. En este momento crucial, el carlismo se encuentra con que el progresismo —de inspiración ayacuchense le cierra en banda, mientras el sector moderado inicia una estrategia «integradora», como la que intentará en su momento Cánovas. Definitivamente se clarlean, pues, ciertas identidades de fondo entre las facciones del derecho dividido, cuando el reflujo del 48 francés se interpone y logra —es lo mismo que sucederá tras el 68 y, en Francia, con Luis Felipe— la unión táctica de los «extremos» contra el sólido «centro», representado por Narváez, que, como vencedor de la Revolución, goza de singular prestigio en Europa. Y en esta coyuntura, Seco nos descubre un proyecto de gran interés: el ofrecimiento hecho al conde de Montemolín por un rocambolesco personaje, Beltrán y Soler, de instrumentar una «opción catalanista» para el Pretendiente, sobre la base de un foralismo que articule las «personalidades liberadas» dentro de la «monarquía española». Otra vez se confirma la sospechosa compatibilidad entre los diversos intereses de partido. Pero el análisis de Seco descubre además la condición secundaria —cuando no bastarda— de buena parte de los argumentos esgrimidos por el catalanismo de derechas. El osado anticipador que tal opción propone intuye la proximidad de su ambiguo ideario con el de Montemolín, no tan lejano a su vez, como percibe finalmente Seco, del que a la sazón sostiene el moderantismo aperturista isabelino.

Por último —y aquí sí que no puede ocultar el autor la soterrada emoción que le inspira el tema—, Seco traza una estupenda semblanza de Carlos VII. Es un preciso claroscuro pintado sobre el bosquejo que el propio don Car-